

# La odisea de Gastón

Guillermo Sullivan



# Capítulo 1

## La odisea de Gastón

Al tercer día de haberle dado muerte a su padre, Gastón empezó a experimentar los estragos del rechazo, el remordimiento y la tristeza. En efecto, fue una mañana de abril cuando Gastón sucumbió a la tentación de tomar el arma de su padre –mientras éste dormía– para sentir su peso y su simetría, para saciar su curiosidad a través de ese artefacto de la muerte, y luego de forma accidental, una bala se disparó y se dirigió justo en cráneo de su progenitor. Gastón apenas contaba con diez años, diez lustros de su inocencia se perdieron en una mañana infausta, sin advertir, que ese día empezó a ser un hombre adulto. Idalia, Filiberto y Samuel, sus tres hermanos de sangre, se despertaron ante aquel estrépito de bala que los hizo salir de sus camas inmediatamente. Gastón todavía no podía creer lo que había hecho, pero su rostro de estupor fue suficiente para constatar que la muerte de su padre fue un accidente, y sólo eso. Filiberto –embargado por el repudio– le dio un golpe con el dorso de la mano, pero era tanto su estado de asombro, que Gastón casi no pudo reaccionar, de hecho fue el único que no pudo llorar durante ese lamentable día.

Las autoridades determinaron que el suceso fue un homicidio imprudencial, y que dada la edad Gastón, quedó libre de culpa. El acontecimiento se hizo sonar por todas partes de la ciudad, y en un par de días, Gastón ya era conocido por su crimen. Durante los días en que asistió a la escuela fue víctima de rechazo por parte de sus compañeros de escuela y hasta por algunos maestros y padres de familia quienes lo consideraron una mala influencia para los demás estudiantes. Y para empeorar la situación, también sus hermanos empezaron a darle la espalda con la displicencia del silencio, pues dejaron de dirigirle la palabra, salvo para atender aspectos esenciales de la vida cotidiana. Idalia, que era una mujer de veinte años, dejó de cuidarlo y de prepararle sus comidas. «De ahora en adelante hazte tu propia comida, pequeño asesino», le decía. Fue así como Gastón fue incubando en su pecho un cúmulo de emociones contradictorias, se sentía un ser antagónico en un entorno de extraños y seres detractores, y dejó de asistir a la escuela y en lugar de ello pasaba largas horas en su habitación tratando de asimilar un asunto que le envenenaba el espíritu. A decir verdad, Gastón amó su padre como cualquier buen hijo, y ése era su único argumento contra medio mundo que lo maldecía.

Sin embargo, al cumplir los quince años, Gastón decidió marcharse de su casa, se subió a un tren carguero con destino a Zacatecas con tan sólo

una mochila, la pistola con que le había matado a su padre, y un poco de ropa; se llevó también todos los ahorros de su vida, que en realidad no era mucho, pero lo suficiente para pasarla unos cuantos meses. Durante el trayecto tuvo la habilidad de trabar amistad con algunos aventureros, hombres que vivían de la aventura, y otros que buscaban una forma mejor de vida en cualquier horizonte. Julián un hombre de cincuenta años se acercó a Gastón para preguntarle sobre sus padres.

–Han muerto –le dijo Gastón.

Julián se sentó a un lado de Gastón, se quitó el sombrero e inclinó su cabeza.

–Los siento, muchacho –repuso él–. Qué pena que tus padres ya hayan partido hacia el mundo de los muertos.

–La verdad es que ya me acostumbré a su ausencia –mintió Gastón.

–Eso es bueno, hijo –dijo Julián–. La vida pasa, y así debe ser.

El rostro de Julián tomó una expresión de entera sabiduría, luego se volvió a poner el sombrero con la naturalidad de un hombre de campo.

–Y se puede saber hacia dónde te diriges –le dijo.

Gastón dirigió su mirada hacia algún punto del horizonte, y mientras el viento golpeaba su rostro infantil, dijo:

–A ningún lugar en particular, sólo espero que el tren me lleve lejos.

Julián sacó de su morral una botella de licor transparente, se bebió un largo trago, y luego volvió a meter la botella en el morral con una parsimonia alegre.

–Está bien, muchacho –le dijo–. Yo también busco un lugar así, y la verdad nunca lo he encontrado. Me refiero a que el pasado me persigue como un fantasma, y no sé cuando termine esto. Lo cierto es que todos aquí tenemos un motivo para viajar, algunos por la familia; otros, han cometido crímenes y huyen, pero jamás podrán huir de sí mismos, es una ley de la vida. Luego le estrechó la mano.

–Soy Julián –dijo.

Gastón extendió su delgado brazo al tiempo que dibujo una sincera sonrisa.

–Gastón –respondió–. Para servirle, señor.

Mientras el tren seguía avanzando por los alrededores de una gran montaña, un hombre de mediana edad sacó una armónica de su bolsillo y se puso a tocar una melodía. Tres aventureros incluyendo Julián y además Gastón hicieron un círculo para entonar una canción que todos se sabían, excepto Gastón que sólo se puso a contemplar el momento. Momentos después, Julián sacó su botella del morral para compartirla con los demás. En eso, Gastón quiso tomar la botella pero Julián se rehusó.

–No, muchacho –le dijo–, eres muy joven para echarte a los vicios.

Gastón sonrió, le gustó la respuesta de Julián, pues sin darse cuenta le recordó a su padre cuando éste le daba lecciones de vida. Durante el trayecto siguieron platicando al abrigo de un desgastado vagón, a merced de los caminos y los nuevos cielos. Y al amanecer, cuando por fin el tren se detuvo en Zacatecas, Gastón se sorprendió de que el mismo hombre que tocaba la armónica, se sentara bajo la sombra de un árbol para quitarse una pierna ortopédica. Sólo entonces y por primera vez profirió un par de palabras.

–Es el precio por vivir en el filo de las aventuras, muchacho –le dijo–. Cuídate mucho de esta bestia de acero, que ya muchos hemos sucumbido en sus garras, y otros lamentablemente han muerto.

Gastón sólo pudo asentir con la mirada y el ceño fruncido. Un momento después, ya estaba recorriendo las calles de la ciudad junto a Julián, pues empezaron a hacerse amigos. Era una tarde cálida, limpia, vetada de aires frescos, y había una diversidad de aves que surcaban los cielos. Luego se personaron en un restaurante humilde y pidieron guisado de arroz con pollo. Durante la comida Julián le platicó su vida. Había sido carpintero para una compañía de muebles, pero sucumbió a la tentación de robar y fue despedido. Después trabajó como plomero, pero poco tiempo después cayó en la cuenta de que sólo trabajaba para cubrir su necesidad de tomar, así que decidió viajar de pueblo en pueblo para huir de un mal hábito, cuando en realidad huía de sí mismo. Poseía una barba descuidada, un rostro ceniciento, y portaba un jorongo marchito por el tiempo. Su voz era relajada, y parecía que el alcohol le daba un toque de sinceridad al decir las cosas. Solía reírse de las cosas que no entendía, y lo hacía con un vozarrón de hombre malévol, pero en realidad no lo era. Amaba la vida a su manera.

Poco tiempo después encontraron un lugar donde vivir, era una mediana cabaña, y el dueño era un hombre de setenta años de edad, y lo único que pedía por el hospedaje era que lo ayudaran a sobrellevar su vejez. Ambos estuvieron de acuerdo. Julián partía leña y traía conejos para la comida, mientras Gastón limpiaba y cocinaba para don Jacinto, el poseedor de una cabaña antigua, y que estaba ubicada en la orilla de un

cerro. La realidad era que don Jacinto en su juventud cometió el desliz de expulsar a su esposa y sus dos hijas para luego vivir con su amante en la cabaña, pero con el tiempo ésta se aburrió de él y lo abandonó, y ahora don Jacinto pagó las consecuencias de sus actos, ya que su familia nunca se lo perdonó y lo abandonaron en su soledad. Todo el pueblo sabía la historia, y en una noche de copas y melancolía se las reveló a sus dos huéspedes.

–Amen a sus esposas –les decía entre lágrimas– y nunca las traicionen, porque la vida suele dar muchas vueltas.

–Así será, don Jacinto –repuso Julián–, téngalo por seguro que seremos buenos hombres.

–Créanme, muchachos –dijo don Jacinto–, yo daría mi vida por regresar el tiempo y así volver con mi esposa.

–Sea lo que sea –terció Gastón–, aquí tiene a dos hijos, y nunca lo vamos a dejar.

–Brindo por eso –dijo Julián, al tiempo que levantó su botella de licor.

–Salud –dijo don Jacinto, al momento de levantar su copa de brandy.

–Salud –respondió Gastón, con un vaso de leche.

Esa noche don Jacinto y Julián abrieron sus corazones, excepto Gastón, ya que temía ser rechazado ante dos hombres con una larga experiencia en vivir –y cuyo acto reprobable sería el de haber matado a su padre–. Los siguientes días le ayudaron para meditar un dilema que fue sobrellevando bien, el aire de campo revitalizó su organismo de gran manera, los rostros nuevos parecían ejercer un efecto importante en su mente, y lo más importante era que el estar ocupado le hacía sentir bien. Poco a poco aquel trío parecía ejercer el rol de una familia, pero sobre todas las cosas, el respeto hacia los demás siempre estaba presente. Sin embargo, esa noche empezó a tener el sueño recurrente de un hombre con barba poblada y con una pata de palo, y que le sonreía afablemente.

Entretanto, la ciudad resplandecía con sus casas y callejones coloniales, con sus quioscos arquitectónicos, y con el ir y venir de su gente campechana. Las casas multicolores parecían estar bajo el encanto de un hechizo, y durante las noches se podía sentir el placer de una quietud nostálgica; y como adición a los elementos de esta bella urbe, la cigarra le daba un toque mágico con su singular sonido. Y dentro del cúmulo de estas características, Gastón había escuchado la leyenda de Rómulo Cabrera, un pintor de la década de los ochenta a quien se le adjudican tres crímenes fuera de lo común, lo cierto es que fue un pintor consagrado, y entre sus pinturas destacaban tres mujeres bellas a quien

tiempo después nadie más supo de ellas. Rómulo las contrató para pintarlas. Seis meses después, expuso sus cuadros en el museo de la ciudad, sin advertir que sus familias estarían reclamando la identidad de estas tres damas. Por su parte, Rómulo alegaba que decidieron marcharse de la ciudad con algunos de sus colegas quienes buscaban musas para ser plasmadas en pinturas de óleo; sin embargo, nadie creyó su versión, y eventualmente fue investigado por las pertinentes autoridades de la ciudad. El caso fue llevado hasta los juzgados de México, y Rómulo nunca quiso confesar el paradero de las tres musas. Con el pasar de los meses, fue encarcelado como principal sospechoso del caso. No obstante, un martes de luna llena, Rómulo amaneció ahorcado en su celda con sus propios pantalones, y el paradero de las tres musas quedó en el misterio absoluto. Y no fue sino hasta un año después cuando un investigador comprobó que las pinturas de Rómulo Cabrera contenían una importante cantidad de sangre, y esto lo llevó hacer conjeturas de todo tipo, y hasta de análisis de ADN. Y para 1983, habían descubierto en la parte trasera de su casa, una puerta secreta detrás de un viejo librero, y tras de ésta los condujo hasta un túnel subterráneo que terminaba en un pozo con agua, y en él descubrieron tres esqueletos –supuestamente de las tres musas–. También como prueba de delito, había una gran cantidad de esqueletos de cientos de pirañas. Y después de una investigación exhaustiva, se especuló que aparte de que Rómulo asesinó a las tres musas, también utilizaba su sangre para plasmar sus pinturas, y además, como intento de erradicar las evidencias, arrojaba a sus víctimas al gran pozo cuya cavidad estaba saturada de cientos de pirañas. Poco tiempo después con el análisis forense se comprobó que –efectivamente– los tres esqueletos correspondían a las tres mujeres que habían desaparecido. Esta historia estaba ubicada en el sur del cerro la bufa, y con el pasar de los años Rómulo Cabrera pasó a ser uno de los principales sociópatas registrados en la historia de México.

Un martes, mientras Gastón limpiaba su arma en su pequeña habitación, Julián lo increpó con sabios consejos.

–Esas cosas las maneja el diablo –le dijo–¿Por qué nunca me dijiste que en tu mochila portabas un arma?

Gastón se sintió asaltado por la posibilidad de decir la verdad.

–Sólo la guardo como una forma de seguridad –respondió–; uno nunca sabe cuándo se podría necesitar.

–Es una mala idea –le dijo–. Tu seguridad está en manos de Dios, Gastón, y la de todos.

–Hace tiempo que dejé de creer en él –repuso.

–Entonces estás perdido, muchacho –le dijo–.Piensa que esa arma puede traernos una desgracia.

En ese momento fue inevitable sucumbir a la tristeza, y el recuerdo de su padre se hizo más intenso.

–Entones mañana la venderé –dijo.

Julián puso su mano sobre su barbilla y al mismo tiempo asintió.

–Me parece bien –le dijo.

Fue una falsa promesa, ya que Gastón había incubado –secretamente– quitarse la vida a los cincuenta y dos años con ella, la misma edad en que mató a su padre, era una idea que había estado carburando desde hace algunos días, pues creyó que con ello encontraría la paz interna que desde entonces nunca había encontrado. Para entonces, Gastón advirtió en la personalidad de Julián alguien ciertamente paranoico, pues le pareció exagerada su forma de reaccionar ante el hecho de poseer un arma. Curiosamente, mientras buscó un escondite para esconder el arma, se había enterado de que la antigua morada de Rómulo Cabrera estaba abandonada por completo, además la ciudad le adjudicaba a ésta creencias de tipo sobrenatural, como el hecho de que la casa estaba maldita y que era habitada por seres y demonios perversos, lo cierto es que toda la ciudad temía el sólo hecho de acercarse a ella, y hasta se había decidido a nunca derrumbarla porque esto podría desencadenar energías malignas a quien lo haga, así que permaneció abandonada hasta entonces. Sin pensarlo mucho, Gastón se informó sobre la ubicación de la entonces casa de Rómulo Cabrera para esconder su arma, pues creyó que nadie se atrevería a inspeccionarla. Y efectivamente, un martes por la mañana, abrió la puerta y después de buscar un buen lugar la envolvió en una tela y la metió en una cómoda de madera que estaba hacia el fondo de una habitación.

A pesar de que Julián no era muy perspicaz para los asuntos de la psique humana, había notado esa tristeza sedimentada en los ojos de Gastón, muchas veces aseguraba que cargaba una pena, pero por su sentido de prudencia nunca se lo había comentado, sin embargo, un domingo mientras comían en la cabaña de don Jacinto, tuvo la sutileza de comentarle al respecto.

–Sabes, Gastón –le dijo Julián–, aquí don Jacinto y yo nos preguntábamos sí hay algo en lo que te podamos ayudar, te lo digo porque parece que cargas una pena y no la quieres soltar.

–Así es, muchacho –agregó don Jacinto–. Te hemos notado triste,

pensativo y solitario. Dinos qué te pasa, Gastón.

Gastón dejó de comer e hizo un ademán como si fuera a marcharse pero luego recapacitó, como si estuviese harto de cargar un secreto que lo mantenía en un constante desasosiego, y entonces se incorporó de frente para hablar.

–Verán..., hace unos meses atrás maté a mi padre con una pistola–les dijo, con una inflexión infantil–; les aseguro que fue accidental. Desde entonces..., allá en mi ciudad nadie me puede ver. Me odian. Por eso estoy aquí.

–Y cómo es que no estás en la cárcel –preguntó Julián.

–Porqué las leyes me otorgaron el indulto debido a mi edad, y a que se comprobó que fue un homicidio imprudencial.

Al término de proferir sus últimas palabras, Gastón dejó derramar un par de lágrimas en su rostro melancólico.

Don Jacinto se levantó de su silla, tomó el bordón que estaba recargado en la mesa, y luego se acercó a Gastón con una expresión de entera comprensión, después le puso una mano sobre su hombro y le dijo:

–Alguien que carga una pena por haber cometido esa falta, y que además se siente triste, conturbado y lleno de arrepentimiento, me dice que esa persona en realidad amaba a su padre, y que lo demás fue una mala jugada del destino, hijo. Así que yo te perdono en el nombre de esta humilde ciudad.

Luego le confirió una amable sonrisa, confortable y llena de luz. Gastón cayó de rodillas con un llanto abierto, al parecer ya no pudo soportar el suplicio de su conciencia.

–Vamos, muchacho, levántate –dijo don Jacinto–, que en este mundo nadie está libre de pecado.

–Seguro –terció Julián–, somos seres humanos.

Gastón se levantó y los miró con entera humildad.

–Gracias... –dijo–, gracias por comprenderme...

Esa noche Gastón bebió la copa de la absolución. El tiempo le había demostrado que tal vez nunca estuvo solo, y que una familia puede estar conformada por aquellas personas a quienes apreciamos. Tal vez el destino le tenía reservado algo más que una travesía tortuosa, un

laberinto de penurias, sino una lección de vida para siempre.

Asimismo, pasaron quince años, y Gastón se había encariñado con la ciudad que le otorgó el perdón. Con todo, el sueño del hombre con una poblada barba y una pata de palo siguió presente en sus días, muchas veces se manifestaba de diferente forma, algunas hacía el papel de un cartero; otras, era el conductor de un camión de transporte, pero siempre era él, un total desconocido para Gastón, no obstante, al final del sueño aquel extraño le confería una cordial sonrisa; algo que Gastón no podía entender.

Para entonces 2016 fue un año lleno de sorpresas, y don Jacinto cayó en cama por una neumonía, y ahora Gastón de treinta años y un envejecido Julián siguieron fieles a su lado, siempre coadyuvando en lo que fuese necesario, pero por cuestiones del organismo parecía que los antibióticos no surtían efecto en el cuerpo de don Jacinto, y a los tres días murió a los ochenta y cinco años. El velorio se realizó allí mismo en la cabaña, y al tercer día fue enterrado en el cementerio El Santuario de las Ánima. Y por otro lado Julián estaba cayendo en las redes del alcoholismo; desde hacía seis meses tomaba todos los días, y no había forma de hacerlo entender, pues temía quedar en la calle tras la muerte de don Jacinto. Por fortuna, don Jacinto realizó secretamente un testamento en el que señalaba a Gastón y a Julián como sus únicos herederos, y ahora la cabaña les pertenecía por ley. De modo que ahora eran una familia de dos, y hasta posiblemente de tres, pues Gastón había conocido en un parque público a Carmen, la mujer de sus desvelos. En efecto, llevaban dos años de noviazgo, pero nunca se habían decidido a nada, hasta que el padre de la iglesia les llamó la atención.

—Por qué no se casan, hijos —les dijo al verlos en la plaza—, ya llevan dos años conociéndose, y es tiempo de que ya tomen una decisión, por ejemplo: el matrimonio, ¿no lo creen?

—Gracias por el consejo, padre —dijo Gastón—. Le aseguro que muy pronto lo haremos.

Carmen, que era una mujer menuda de ojos grandes, dibujó una sonrisa enteramente amable. Su pasado es en cierta forma bizarro e inusual, por el hecho de que cinco años atrás sufrió una abducción. El caso es que durante la víspera de una primavera una nave de tipo alienígena la hizo levitar desde el patio de su casa para luego ser raptada por seres extraños; Carmen no recordó mucho de lo que había pasado, pero supo que la sometieron a varios experimentos, y también recordó que eran seres grisáceos y de baja estatura. Y no fue sino hasta siete días después cuando reapareció a dos kilómetros de su casa y completamente desnuda. Fue de este modo que las autoridades pensaron que se trató de un ultraje por parte de rufianes de mala índole, pero después de escuchar las confesiones de Carmen, todos pensaron que se había vuelto loca. Para

bien o para mal la sometieron a diversas pruebas para corroborar la versión de sus declaraciones, entre ellas el polígrafo; y también se le hizo una evaluación psiquiátrica. Una semana después de haberla estudiado todo apuntaba a que realmente Carmen decía la verdad, sin embargo para la mayoría los habitantes de la ciudad Carmen ya no era la misma, y habían notado cambios en su persona, como hablar en otras lenguas, o realizar operaciones matemáticas muy complejas. Hubieron quienes juraron verla visto levitar, aunque nunca se pudo comprobar tal evento. Pero lo que realmente dejó a todos pasmados era que su vientre se estaba abultando, en otras palabras estaba embarazada. Nueve meses después dio a luz a una criatura con extrañas características, como el que la simetría de su cabeza que no encajaba con el resto del cuerpo, o el hecho de que nació con los ojos abiertos, y además tenía una mirada muy profunda. El padre de Carmen no pudo soportar las circunstancias de su hija, y en un arranque de cólera tomó al niño por la cabeza y lo decapitó con un machete de carnicero. «A grandes males, grandes soluciones», dijo. Carmen no aprobó la acción de su padre, y se marchó de la casa para nunca volver. Tres años después, Gastón la encontró hablando sola bajo un manzano, y quedó hechizado por su belleza y su candor, y entonces se atrevió a bajarle una manzana. «Gracias», le dijo ella. Y ese fue el preludio de un romance que llegó a oídos de toda la ciudad.

Un martes por la mañana, Gastón escribió una carta para su hermanos, era en realidad la primera carta en quince años de ausencia, y no tenía idea de cómo iban a reaccionar. Julián, que ya estaba convaleciéndose de su alcoholismo, le dijo: «haces bien..., la familia es lo primero». Por entonces, Gastón había gastado sus escasos ahorros en la reparación de la casa abandonada de Rómulo Cabrera; tenía pensado vivir allí con Carmen. El gobernador se la regaló sin ninguna objeción, sabía que nadie se interesaba en ella.

Dos semanas después, recibió noticias de sus hermanos, eran en realidad malas noticias, pues ciudad Nuevas Luces estaba sometida bajo el régimen del crimen, la violencia, y la extorsión. En efecto, se estaba viviendo una verdadera anarquía donde no se podía confiar en nadie, ni en las mismas autoridades del municipio. Samuel, que era su hermano más comprensivo, le dijo que estaban viviendo en la miseria. Gastón no comprendió esas últimas palabras, pues era sabido que el único negocio de la familia –que era una gran panadería–, les proporcionaba el suficiente dinero para subsistir. De modo que planeó hacer un viaje de retorno para su ciudad natal.

Al día siguiente, tomó su pistola que estaba guardada en la vieja cómoda de la casa de Rómulo Cabrera, la metió en una mochila, y luego compró un boleto de tren con destino a ciudad Nuevas Luces. Durante el trayecto lo asaltaron los recuerdos. Pensó en Julián, en cuánto tiempo tenían de haberse conocido, y en lo mucho en que se asemejaba a un buen hermano; luego pensó en don Jacinto, el segundo padre que lo

terminó de aleccionar en los caminos de la vida. Recordó sentir el regazo de alivio cuando le otorgó por primera vez el indulto por haberle dado muerte a su padre. Zacatecas, la ciudad que lo había acogido, fue más allá de un subterfugio, sino un laberinto de lecciones de vida que poco a poco fueron esculpiendo el carácter de un hombre de treinta años. Muchos años atrás quedaron difuminados los vestigios de un niño a merced de su suerte, de los embates de la inexperiencia, y ahora su única misión sería reivindicar las cosas para enlazarse con sus hermanos, su única familia verdadera.

El tren se detuvo esa misma noche en la estación local. Gastón se bajó con la incertidumbre de no saber qué decirles a sus hermanos, pero la decisión estaba tomada. Tomó un taxi y se dirigió a su antigua casa. Media hora después, finalmente se aparcó afuera y notó que en realidad la casa estaba en ruinas, que sólo una parte de ella estaba en pie, y la demás fue consumida por el fuego. En efecto, Idalia, Filiberto y Samuel fueron amenazados para que pagaran un porcentaje del dinero de las ventas de la panadería a un grupo de mafiosos, sin embargo, se negaron, y consecuentemente la mafia les quemó su casa y el negocio. Y además, un sujeto de nombre Ricardo Maldonado, abusó de Idalia en el baño de la panadería. Filiberto quiso tomar venganza, se enfrentó con Ricardo, pero un grupo de matones que estaban a sus órdenes lo golpearon hasta casi matarlo, de hecho seguía convaleciéndose en el hospital. Gastón se incorporó frente a su casa, frente a la desolación de no saber qué hacer. Y de pronto, Idalia y Samuel salieron desde el interior de un baldío, desde lo que antes fue un habitación. Se aproximaron a él y lo reconocieron.

—Donde estuviste —dijo Samuel—. Por qué nunca te comunicaste con nosotros.

—Estuve por ahí —respondió Gastón—, buscando otros aires.

Idalia, con un rostro ceniciento y unas vestiduras harapientas, no dijo nada, sólo estaba embargado por la vergüenza. No supo qué decir ante la expectativa de saber de un hermano al cual creyó muerto. No obstante, Samuel le reveló todo lo acontecido.

Gastón no necesitó más explicaciones, sabía lo que tenía que hacer, y se dio a la tarea de buscar a Ricardo Maldonado, el hombre que abusó de su hermana. Dos horas después, le quitó la vida con la misma arma con que había matado a su padre, allí, afuera de un bar de mala muerte. Después se dirigió a la fiscalía para entregarse él mismo, sin necesidad de que nadie lo arrestara. Pero el juez estaba tan encantado de que un hombre le diese muerte a un rufián que ya era buscado por todo el municipio, que lo dejó en libertad. «Vaya con Dios, amigo, y pórtese bien», le dijo. Fue algo que a todos los tomó por sorpresa.

Al día siguiente, Gastón regresó a su antigua casa, allí donde sus dos hermanos estaban a merced de la intemperie y de la desgracia. El olor a carbón era muy intenso, y el aire era frío. Samuel solía pedir limosnas para comprar alimentos, e Idalia cocinaba en una hoya bajo una fogata, aunque muchas veces no comían nada, pues eran tiempos difíciles. Gastón se sentó sobre una piedra y los contempló por un instante, luego se acercó a Idalia y le dijo: «he matado a Ricardo Maldonado», y acto seguido le entregó el arma en sus manos, aún impregnada por el ardor de la pólvora. Idalia se encogió de hombros, lo miró con alegría, y luego le dio un caluroso abrazo. En sus ojos reapareció un brillo de luz, el destello de una alegría evidente. Y mientras Samuel metía leña en la fogata, Idalia se dispuso a preparar algo de comer. Había un silencio peculiar, un silencio en el que no era necesario hablar, sino actuar, o dejarse llevar por los ademanes del corazón y el espíritu. Gastón nunca les reprochó nada, nunca los agredió de ningún modo, más bien los estaba amando de nuevo, como si el pasado sólo fuera un mal recuerdo al que no era necesario atisbar. Y mientras Idalia seguía cocinando, y Samuel limpiaba y arribaba algunas sillas, llegó un hombre con una barba poblada y una pata de palo, se incorporó frente a Gastón, lo miró de frente y le dibujó una sonrisa amable. Era Filiberto. Sólo entonces pudo comprender aquel extraño sueño que lo invadía durante las noches, las innumerables veces en que lo llamaba de formas distintas, y de lo cual no entendía.

—Dónde estuviste, hermanito —le dijo Filiberto—. Cómo te extrañé, carajo.

Gastón se levantó de la piedra, y los tres hermanos lo miraron con auténtica alegría, y le dieron al mismo tiempo un fuerte abrazo. Y asimismo, Gastón supo que necesitó quince años, cuatro meses y tres días para decir con lágrimas en los ojos:

—Perdónenme, hermanos...

Fin